De anarquistas, locos y suicidas

Por Juan Manuel Ferrario

"No soy yo, ciertamente, enemigo de la pena de muerte; pero solo la acepto tratándose de criminales nacidos para el mal, cuya vida sería un constante peligro para la de muchos hombres honrados; por esta razón no hubiera yo dudado en condenar a tal pena a Pini y a Ravachol; pero si hay algún gran crimen al que no deba aplicarse, no ya la pena capital, sino ni aún las penas graves, y mucho menos las infamantes, me parece que es el de los anarquistas. En primer lugar, porque la mayoría no son más que unos locos, y para los locos está el manicomio, no la horca ni el presidio; y además, porque hasta cuando son criminales, su altruismo les hace dignos de alguna consideración..." - Césare Lombroso, criminalista italiano, autor de "Los Anarquistas".

"Perezosos, rateros, truhanes, mendigos apestosos, ambiciosos, esnobistas, histéricos, sabihondos, latosos de todo el mundo, no atraviesen esta puerta. Aquí los espera la muerte."- Frase hallada por la policía francesa sobre la puerta de la biblioteca que tenía la banda de Julles Bonnot.

Si vamos a la raíz del asunto[1], el anarquismo y su práctica en una sociedad generalmente hostil contra todo espíritu de libertad, se torna desde el inicio en una conducta suicida.

En un mundo que hace de la complicidad y el silencio una cómoda ausencia del más mínimo compromiso, el anarquista será puesto en la mira de cuantas inquisiciones se establezcan, sean éstas religiosas o políticas. Obligado por su propia esencia, el espíritu libertario será llevado hacia los márgenes de la sociedad en la que vive. Acusado de loco, de terrorista, de utópico extravagante, la vida del anarquista oscilará entre la cárcel, la locura, la tumba o el suicidio.

1. Juan Manuel Ferrario es profesor de historia y periodista de Rosario, Argentina.

No exageramos. Veamos sino diversos casos que nos brinda la historia, de los que no hacemos apología pero que ponemos a modo de ejemplos concretos, en los que se verifica lo que afirmamos, sin olvidar, desde ya, que el anarquismo fue mucho más que mero ilegalismo.

En 1886, Louis Lingg, uno de los "Mártires de Chicago", detenido tras los sucesos de Haymarket en Estados Unidos, estando preso y sabiendo ya que lo esperaba la horca, decidió terminar con el suspenso. Logró hacer pasar a su celda un cartucho de dinamita, que colocó en sus labios cual sabroso cigarrillo, y voló en un segundo, sin dejarles a sus verdugos el placer de seguir martirizándolo. Sus compañeros de prisión morirían en la horca pocos días después, dando inicio al 1 de mayo como día de protesta universal, contra el Estado y el Capital, y por la jornada laboral no mayor a ocho horas diarias.

Entre 1878 y 1881, Carlo Cafiero cumplirá diversas condenas, allí contrajo una esquizofrenia, con delirios de persecución. El anarquista italiano que había traducido a Marx, y que le había dado asilo en su casa a los prófugos Miguel Bakunin y Errico Malatesta, va enloqueciendo. En la cárcel intentó suicidarse dos veces, y morirá en el manicomio, en 1891.

En 1893, Fermín Salvochea pasaba una nueva condena en España, y no soportando más las torturas, sobre todo las que le infligía un espantoso invierno, decide cortarse las venas en su celda congelada. Al comenzar a desangrarse, se desvanece y cae. Al caer, su mano, donde se había hecho el tajo, quedó apoyada sobre el piso del calabozo congelado. De esta manera el frío frenó la hemorragia, y eso le salvó la vida. Salvochea sería trasladado, y le esperarían aún muchas otras heroicas revueltas, en las que participaría (Rocker, 1922).

Hacia 1905, a Pavel Godman, anarquista de origen ucraniano, le explota la bomba que llevaba encima. La policía rusa lo detiene y lo llevan al hospital rodeado de guardias. Sus compañeros organizan la fuga al enterarse de lo sucedido, pero el escape se frustra y Godman se suicida en la celda, con apenas

veinte años de edad (Sin autor, 2002).

Un año después, otro anarquista del mismo grupo, "Bandera Negra", hablamos de Antón Nizhborski, se suicidará para no ser atrapado, luego de una expropiación fallida.

Simón Radowitzky, el anarquista ruso que en 1909 asesinara al jefe de policía Ramón Falcón, tras realizar el atentado y verse rodeado por los agentes del "orden", reserva una bala para él, colocando el revólver sobre su pecho y disparándose, con tan mala suerte que la bala no le toca el corazón, y le esperarán veintiún años de torturas, presidios y problemas de salud por el pulmón que se había perforado con aquel balazo de 1909 (Martí, 2010).

Para 1925, en el manicomio de Las Mercedes, actual hospital Borda de Buenos Aires, el internado Esteban Lucich, militante de la FORA, vengó a Kurt Wilckens, cuando su asesino Millán Temperley, se hizo pasar por loco para evadir la condena. El loquito Lucich vengó a su compañero alemán diciéndole a su asesino: *"Esto te lo manda Wilckens"*, acto seguido le disparó varios balazos. Lo que el derechista Millán Temperley no sabía, era que el manicomio estaba lleno de anarquistas, ya que otro libertario, el profesor ruso Boris Wladimirovich, internado también allí, fue quien le pasó el revólver a Lucich para que vengara a Wilckens, aquel heroico anarquista que ajustició meses antes al coronel Varela, responsable de la matanza de, por lo menos, 1500 obreros patagónicos entre 1921 y 1922 (Bayer, 1997).

Hacia 1928, y tras el asalto a la casa de cambio "Messina", en Montevideo, el grupo expropiador es rodeado por la guardia republicana y la policía. Alguien los denuncia, y los anarquistas presentes en ese domicilio, deciden entregarse, menos Antonio Moretti, quien quema la plata del asalto, para que la policía no se quede con ella, y luego se mata de un balazo en la cabeza (Bayer, 2007).

En 1931, Severino Di Giovanni, será cercado por la policía argentina al salir de una imprenta de Buenos Aires. Tras huir como pudo y luego de intenso tiroteo, quedó atrapado en un garage. Al ver que no había escapatoria, y que era el anarquista

más buscado de la Argentina, colocó el revólver sobre su tetilla izquierda y gatilló. Con tanta mala suerte, típica en los anarquistas, que la bala pasó a medio centímetro del corazón, justo en el momento en que este órgano hacía su movimiento de contracción. Caerá desplomado. La policía lo atrapará, para pasar a curar su herida, torturarlo y fusilarlo, haciendo de su muerte un espectáculo público, que los mediocres de entonces aplaudieron (Bayer, 1998).

Corría junio de 1936, Alexander Berkman había padecido largos años de prisión, donde su salud física y mental se habían deteriorado. A la depresión mental que padecía, le siguió la separación con su compañera Emma Goldman. El anarquista lituano decidió poner fin a sus días, lamentando, entre otras cosas, la ausencia de movimientos verdaderamente revolucionarios y viviendo años de miseria económica. Pocas semanas después de su suicidio estallará la revolución española, que para los anarquistas será la mayor puesta en práctica de sus principios, en toda la historia del movimiento. Pero Berkman, que tanto la esperó, ya no estaba para verla.

Para 1938, moría en un manicomio, el poeta y tanguero anarquista, Francisco Bautista Rímoli, más conocido como Dante Linyera, tras años de bohemia, miseria y decepciones (Campo, 2007).

Hacia 1939, el libertario italiano Aldo Aguzzi, vuelve derrotado de la guerra civil española, entrando ilegalmente a la Argentina. Tras el fin de la vida revolucionaria en España, nuevas persecuciones policiales y la separación con su compañera, decide envenenarse con cianuro, muriendo ese mismo día (Bayer, 2008).

En 1941, el “bandido rural” Juan Bautista Vairoleto, es cercado por la policía argentina, y antes de entregarse vivo decide emplear la última bala para él, dando paso luego a la leyenda. En otra ocasión se suicidará su compañero Ildefonso Folgueral, un anarquista catalán que en varias ocasiones le dio escondite a Vairoleto, mientras un tercer miembro del grupo, el carpintero Juan Chiappa, autor del Manifiesto Espiritista Libertario, también bordearía una especie de locura mística

(Chumbita, 1999)

Finalmente, y para poner un ejemplo más reciente, en 1998, la anarquista argentina Soledad Rosas, aparecería ahorcada en una casa donde cumplía arresto domiciliario en Italia, tras ser detenida en otra casa okupa con su compañero Edoardo Massari, quien había muerto de la misma manera poco antes, sin quedar claro si Edoardo se había suicidado o había sido asesinado por la policía italiana (Caparrós, 2006).

Lo aquí redactado, lejos de ser una apología del aislamiento y la desesperación (que generalmente suele malinterpretarse, sobre todo hoy en día donde el movimiento anarquista es minúsculo y quieren repetirse historias heroicas de antes, en contextos totalmente distintos de ahora) sí es un rescate de la lucha anarquista contra una sociedad que avanzaba y avanza hoy, en una progresiva corrupción ética, donde la locura es colectiva como así también el suicidio de una comunidad, que marcha entretenida hacia su propia destrucción. Los locos y suicidas de entonces, no estaban tan locos. Lo cual explica también que los libertarios hayan combatido desde los inicios, la existencia de cárceles y manicomios, como formas y herramientas del Estado, de controlar todo lo que se sale de la norma.//

Referencias bibliográficas

BAYER, Osvaldo (1997). La Patagonia Rebelde (Tomo IV) El Vindicador. Buenos Aires : Planeta.

BAYER, Osvaldo (1998). Severino Di Giovanni (El idealista de la violencia). Buenos Aires : Planeta.

BAYER, Osvaldo (2007). Los anarquistas expropiadores. Buenos Aires : Planeta – Booket.

CAMPO, Javier (2007). Las ideas libertarias y la cuestión social en el tango. Buenos Aires : Editorial Reconstruir.

CAPARRÓS, Martín (2006). Amor y anarquía (La vida urgente de Soledad Rosas). Buenos Aires : Planeta – Booket.

CHUMBITA, Hugo (1999). Última frontera (Vairoleto: vida y leyenda de un bandolero). Planeta : Buenos Aires.

MARTI, Alejandro (2010). Simón Radowitzky (Del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española). La Plata : Ediciones de la Campana.

ROCKER, Rudolf (1922). Artistas y rebeldes. Buenos Aires : Argonauta.

SIN AUTOR (2002). El anarquismo insostenible (El anarquismo insurreccional en Rusia a inicios del siglo XX). España : Ed. Insurgentes.